

897.1-3  
10

FEDOR DOSTOYEUSKY

Apuntes  
de un  
desconocido

TRADUCCIÓN DE BERNARDO G. DE CANDIANO



ACERVO DE LITERATURA

115359

MÉXICO  
J. BALLESCÁ Y C.ª SRES.  
1910

BARCELONA  
E. DOMENECH, EDITOR  
1910

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

35019



PG 3327

.55

A7

V.L

ES PROPIEDAD



## CAPÍTULO I

### INTRODUCCIÓN

**U**NA vez retirado, mi tío, el coronel Yegor Ilitch Rostanier, se refugió en su aldea de Stepantchikovo, donde vivió como un buen hidalgo. Satisfechos siempre, hay caracteres que se hacen á todo; á ellos pertenecía el coronel. Difícil sería imaginarse hombre más apacible, ni más conciliador; era tan bonachón que si á cualquiera se le hubiese ocurrido hacer un viaje de dos verstas cabalgando sobre sus hombros, lo habría logrado sin duda. Era capaz de dar hasta su camisa á la primera petición.

Tenía un corpachón de atleta; era alto y bien proporcionado, las mejillas sonrosadas; dientes blancos como el marfil, largos bigotes de un rubio subido: reía



con risa ruidosa, sonora y franca; se expresaba con facilidad, en frases cortadas. Se había casado joven y había querido á su mujer hasta la locura; cuando ella murió dejó en su corazón un noble é imborrable recuerdo. Por fin, como hubiese heredado la aldea de Stepantchikovo, que elevaba su caudal á seiscientas almas, abandonó el servicio y se fué á vivir al campo con su hijo de ocho años, Ilucha, cuyo nacimiento había costado la vida á su madre, y su hija Sachenka, de quince años, á la que sacó de una pensión de Moscou en donde se la había puesto después de aquella desgracia. La casa de mi tío no tardó en convertirse en una verdadera Arca de Noé. Ello ocurrió del siguiente modo.

Por el tiempo en que se retiró, después de la herencia, su madre, la generala Krakhotine, perdió á su segundo marido, con el que se se había casado unos quince años antes, cuando pensaba mi tío, que no era más que un simple alférez, en casarse también.

Durante mucho tiempo había negado ella el consentimiento á la boda de su hijo, entre lágrimas y acusaciones de egoísmo, de ingratitud y de falta de respeto. Argüía que apenas si bastaban las propiedades del muchacho á subvenir á las necesidades de la familia, es decir las de su madre con toda su corte

de criados, de perros, gatos, etc. Y, después de tantas lágrimas y recriminaciones, ¿no se había casado ella de repente antes que su hijo? Tenía entonces cuarenta y dos años. Le pareció aquella ocasión excelente para cargar de nuevo sobre mi pobre tío, afirmando que sólo se casaba para asegurar á su ancianidad el asilo negado por egoísta crueldad de su hijo y su imperdonable insolencia de pretender crear un hogar.

No he podido averiguar qué motivos habrían inclinado á un hombre tan razonable como parecía el general Krakhotine á casarse con una viuda de cuarenta y dos años. Debe suponerse que es que creía en su fortuna. Otros suponían que notándose próximo á sufrir las innumerables enfermedades que le asaltaron al final de su vida, quería asegurarse una enfermera. Lo único que se sabe es que el general despreciaba profundamente á su mujer y que lo perseguía constantemente con terribles burlas.

Era un hombre altivo. De instrucción mediocre, pero inteligente, no se preocupaba de principios de ninguna especie, no creyendo deber á hombres y cosas más que su desdén aquellos y éstas; en su vejez, las enfermedades que eran consecuencia de una vida poco ejemplar, le habían vuelto duro, violento y cruel.



Su carrera, bastante brillante, se había interrumpido bruscamente con una dimisión obligada á causa de cierto enfadoso incidente. Había podido evitar el juicio; pero la pérdida del sueldo agrió su carácter definitivamente. Aunque sin recursos y sin poseer más que un centenar de miserables almas, se cruzaba de brazos y se dejó mantener durante los doce largos años que vivió aún. No por eso renunciaba á exigir un tren de vida confortable, sin parar en el gasto que suponía, y no podía prescindir de tener coche. Poco tiempo después se le baldaron las piernas y pasó los diez últimos años en su confortable sillón en el que le paseaban los lacayos, que sólo oyeron de sus labios los más groseros insultos.

Coches, lacayos y sillones corrían á cuenta del mal hijo. Mandaba á su madre el dinero que le quedaba, gravando para ello su propiedad con hipotecas, privándose de todo, contrayendo deudas desproporcionadas con arreglo á su fortuna de entonces; no le bastaba esto á librarle de los reproches de egoísmo y de ingratitud, al extremo de que mi tío llegó á considerarse á sí propio como el más egoísta de los hombres, y para castigarse y corregirse, multiplicaba los envíos de cantidades.

La generala estaba en éxtasis ante su

marido. Principalmente la había cautivado lo de que fuese general con lo que ella á su vez ascendía á generala.

En la casa poseía una parte reservada donde permanecía entre sus criados, sus visitas y sus perros. Todo el mundo la trataba como una persona importante y ella se consolaba de su inferioridad doméstica con los chismes que le contaban, y las invitaciones que la enviaban para los bautizos, las bodas y las partidas de juego. Las malas lenguas le daban conversación contándole las últimas noticias y en todas partes á que fuese tenía siempre reservado un lugar. En una palabra, gozaba de todas las ventajas inherentes á su situación de generala.

En cuanto al general, no se mezclaba en nada; pero se divertía molestando cruelmente á su mujer delante de los extraños á la casa, con preguntas de esta índole: «¿Cómo habré podido casarme con una mujer como esta?»

Nadie se atrevía á contestarle, pero poco á poco todos sus conocimientos le habían abandonado. Sin embargo sentía necesidad de estar acompañado siempre por su afición á charlar, á discutir y á que le escuchasen. Se las daba de librepensador y ateo á la manera antigua; no vacilaba en tratar las cuestiones más arduas.



Pero los oyentes que pudieran encontrarse en la población no sentían la misma afición que él por aquel género de conversaciones y cada vez los visitantes se hacían más raros.

Se había intentado la organización de un *whist*. Pero las partidas acababan generalmente con tales exasperaciones por parte del general, que su mujer y sus amigos hacían promesas y oraciones, distribuían pan á los presos, para apartar de ellos aquel temible *whist* de las tardes, del que no sacaban más que insultos y á veces golpes con motivo de cualquier error.

El general no se violentaba por nadie y por la más pequeña cosa que le contrariase, chillaba como una mujerzuela, blasfemaba como un carretero, tiraba al suelo las cartas en pedazos y despedía á sus compañeros de juego. En cuanto se quedaba solo, lloraba de rabia y despecho, y todo ello porque habían echado una sota en vez de un nueve. Cuando empezó á perder la vista tuvo necesidad de un lector y entonces hizo su aparición Foma Fomitch Opiskine.

Declaro que anuncio este personaje con solemnidad, porque sin duda es el héroe de la narración. No explicaré las razones que le hacen interesante porque me parece más discreto dejar al lector el cuidado de resolver el asunto.

Foma Fomitch, al ofrecerse al general Krakhotkine, no pidió más salario que la comida. ¿De dónde salía aquel hombre? No lo sabía nadie. He buscado datos y he podido recoger algunos detalles acerca del pasado de este sujeto notable. Decíase que había servido en otras partes y que había sufrido «por la verdad.»

Se contaba también que se había dedicado en algún tiempo á la literatura. Nada de extraño había en eso, y su crasa ignorancia no era para poner obstáculos á una carrera de escritor. Lo cierto es que nada le había dado buen resultado, y que, por fin, se vió en la necesidad de entrar al servicio del general en calidad de lector-víctima. No dejó de sufrir ninguna humillación á cambio del pan que comía.

Es verdad que á la muerte del general, cuando Foma Fomitch pasó repentinamente al papel de personaje, nos aseguró que su condescendencia con el general para servirle de bufón, obedecía á un sacrificio á la amistad. El general era su bienhechor; solo á Foma, aquel hombre incomprendido, había confiado los grandes secretos de su alma, y si él, Foma, había obedecido á las órdenes de su señor, de hacer imitaciones de toda clase de animales y otros cuadros vivos, era únicamente para dis-



traer, alegrar á aquel martir, á aquella alma atravesada por el dolor. Pero estas aseveraciones de Foma Fomitch inspiran alguna desconfianza.

Al mismo tiempo, y aún durante la vida del general, Foma Fomitch, representaba un papel muy distinto en las habitaciones de la señora. ¿Cómo había llegado ahí? Esta es una cuestión bastante delicada para resuelta por un profano, cuando se trata de semejantes misterios. La verdad es que la generala le profesaba una especie de afecto piadoso, cuya causa se desconocía. Había adquirido extraordinaria influencia sobre el elemento femenino de la casa del general, una influencia análoga á la que ejercen sobre algunas mujeres, ciertos sabios y predicadores de las casas de locos.

Daba lecturas que eran saludables al espíritu; hablaba con una elocuencia lacrimosa de las diversas virtudes cristianas, contaba su vida y sus aventuras. Iba á misa y á maitines; poseía en cierto modo el don de la profecía; pero sobre todo dominaba el arte de explicar los sueños y de hablar mal del prójimo. El general, que adivinaba lo que ocurría, lo utilizaba para tiranizar más aún á su víctima; pero así su prestigio de héroe crecía ante los ojos de la generala y de sus criados.

Todo sufrió un cambio desde el día en que el general pasó de la vida á la muerte, no sin cierta originalidad. El librepensador, el ateo fue presa de un miedo terrible; rezó, se arrepintó, se abrazó á los iconos; llamó á su cabecera á los sacerdotes. Se dijeron misas, se administraron los sacramentos, y entre tanto el desgraciado gritaba, diciendo que no quería morir, é imploraba sollozando el perdón de Foma Fomitch. De esta manera fué como el alma de aquel hombre abandonó su envoltura mortal.

La hija del primer matrimonio de la generala, mi tía Prascovia Ilinichua, solterona y víctima predilecta del general, que no había podido prescindir de ella durante sus diez años de enfermedad, porque solo ella acertaba á agradecerle gracias á sus complacencias de bonachona, se acercó al lecho y, llorando torrencialmente, se dispuso á arreglar una almohada bajo la cabeza del martir; pero el martir la agarró, aprovechando la ocasión, por el pelo, tirando de él tres veces, mientras echaba por la boca espumarajos rabiosos.

Diez minutos más tarde, había muerto.

Dióse parte del suceso al coronel, á pesar de las manifestaciones en contra de la generala que declaró que preferi-



MONTERREY, N. L.



ría morir antes que verle en tal momento, y el entierro, celebrado con toda suntuosidad, cayó, como es natural, sobre el hijo ingrato y odiado.

Se alzó un mausoleo de mármol blanco en Knazewka, aldea totalmente arruinada y dividida entre muchos propietarios, en donde poseía el general como un centenar de almas; en el mármol se incrustaron inscripciones en las cuales se celebraban la inteligencia, las dotes y la grandeza de alma del general, sin dejar de hacer mención del grado que poseía y de sus condecoraciones. La mayor parte de este trabajo epigráfico se debía á Foma Fomitch.

La generala negó durante mucho tiempo el perdón al hijo díscolo.

Rodeada de sus perros, juraba entre sollozos que comería pan duro y apagaría la sed bebiendo sus propias lágrimas, que iría á pedir limosna bajo los balcones, antes que vivir en Stepantchikovo con el «rebelde» y que jamás, jamás pondría los pies en aquella casa. Las señoras que le acompañaban corearon, asintiendo, estas palabras: *los pies*, con la mayor vehemencia, pero la generala ponía en ellas un acento que tenía un valor artístico.

Su elocuencia era una corriente inagotable...; entre tanto se preparaban las maletas para la marcha.

El coronel había hostigado á sus caballos para hacerles recorrer las cuarenta verstas que separaban Stepantchikovo de la ciudad; pero no logró obtener hasta quince días después de la inhumación permiso para presentarse ante la mirada airada de su madre.

Las negociaciones fueron confiadas á Foma Fomitch. Durante quince días reprochó al rebelde su conducta «inhumana», le hizo llorar de arrepentimiento; le lanzó á la pendiente de la desesperación, y ahí está el comienzo de la despótica influencia de Foma sobre mi pobre tío. Había comprendido con qué clase de hombre trataba y que una vez terminado su papel de bufón podía convertirse en un hidalgo, y tomaba la revancha.

—¡Piense usted en la impresión que le causaría—exclamaba—el que su madre, apoyando la mano trémula sobre su bastón, fuese á pedir limosna! ¡Qué monstruosidad en el caso de una señora que une á su situación de generala los prestigios de su virtud! ¡Y qué emoción no experimentaría usted el día en que (naturalmente por error, pero podría ocurrir) llegase á tender la mano á su puerta, mientras usted, su hijo, estuviese en la opulencia! Pero, más terrible aun, permitidme coronel que lo diga, es verla así, más insensible que un tronco,



con la boca inmóvil y parpadeando los ojos... Es realmente indigno, precisamente cuando debía usted tirarse de los pelos y verter un mar de lágrimas...

Foma, en un exceso de celo había ido demasiado lejos, pero era á donde iba á parar de ordinario su elocuencia. Como debe suponerse, la generala había acabado por honrar con su presencia Stepanchikóvo en compañía de sus perros, de sus criados, de Foma Fomitch y de la señorita Perepelitzina, que hacía cerca de ella veces de confidente.

Iba á procurar—según decía—vivir con su hijo y á experimentar qué valor tenía su respeto. Puede sospecharse cual sería la situación del coronel á lo largo de esta prueba. En los primeros tiempos, y en razón de lo reciente de su luto, la generala se creía en el caso de dar suelta á su dolor dos ó tres veces por semana, al recuerdo de aquel hombre amado y perdido para siempre; con esta ocasión y sin motivo aparente esto servía para endilgar un sermón al coronel.

De vez en cuando, y sobre todo delante de gente, llamaba á su nieto Ilucha, ó á su nieta Sachenka y haciéndoles sentarse junto á ella, cubría con una larga y triste mirada á aquellos desgraciados niños cuyo porvenir estaba en peligro á causa de un padre como el que

tenían; suspiraba y lloraba durante toda una hora. ¡Desdichado del coronel si no acertaba á comprender aquellas lágrimas! Y el pobre hombre, que no lograba á hacerlo casi nunca, llegaba como si fuese por gusto á meterse en la boca del lobo y á soportar los más rudos ataques.

A pesar de todo, su respeto no disminuía; en ocasiones llegaba al paroxismo. La generala y Foma sintieron que el terror que había pesado durante tantos años sobre sus cabezas, se había disipado definitivamente.

De vez en cuando la generala caía en un síncope y en la revolución que se armaba en la casa, el coronel temblaba como una hoja.

—¡Mal hijo!—gritaba al volver en sí.—  
¡Me arrancas las entrañas! ¡mis entrañas! ¡mis pobres entrañas!

—Pero madre, ¿que he hecho yo?—preguntaba el coronel tímidamente.

—¡Me arrancas las entrañas! ¿Y todavía intenta justificarse? ¡Qué audacia! ¡Qué insolencia!..... ¡Mal hijo!..... ¡Me muero!...

El coronel se quedaba anonadado. Pero al cabo, la generala volvía á la vida, y media hora después, el coronel, cogiendo, al primero que encontraba, por un botón de la chaqueta, le decía:

—¡Ya ves, es una gran dama; una



generalal La señora mejor del mundo; pero, claro, ¿comprendes? está acostumbrada á tratar gentes y distinguidas; yo soy un patán. Si se incomoda es por mis torpezas. No sé cuales; pero estoy seguro de que es por algo.

En tales casos, la señorita Perepelitzina mujer más quemadura, adornada de postizos, de ojos pequeños y voraces, de labios más delgados que un hilo, y que sentía odio por todo el mundo, sermoneaba á su vez al coronel.

—Nada de esto ocurriría si fuese usted más respetuoso y menos egoísta; si no ofendiese usted á su madre. No está acostumbrada á semejantes modales. Ella es una generala y usted no es más que un simple coronel.

—La señorita Perepelitzina, —explicaba el coronel á su oyente— es una buena mujer que sale siempre á la defensa de mi madre... persona excepcional é hija de un teniente coronel. ¡Nada menos que eso!

Claro que todo ello se reducía á un prelude. La misma generala tan terrible con el coronel, temblaba á su vez ante Foma Fomitch, que la tenía hechizada. Estaba loca por él; no oía más que por sus oídos, ni veía más que por sus ojos. Un sobrino mío, húsar retirado, joven aún, pero acribillado á deudas, después de pasar una temporada en

casa de mi tío, me afirmó con toda firmeza que estaba convencido de que, entre la generala y Foma existían relaciones íntimas.

Yo no vacilé en rechazar semejante hipótesis, por grotesca y cándida. No; había algo más allí, algo que no podría comprender el lector sin una explicación del carácter de Foma Fomitch, según pude comprenderlo yo mismo más adelante.

Imaginaos un ser perfectamente insignificante, inútil, necio, un aborto de la sociedad, sin posible utilización, pero lleno de un inmenso y enfermizo amor propio que ninguna cualidad justificaba. Quiero prevenir á mis lectores. Foma Fomitch es la personificación misma de esta vanidad ilimitada que se halla especialmente en los ceros, envenenados por humillaciones y ultrajes, y que sudan envidia por todos los poros al menor éxito ajeno. No hay necesidad de añadir que todo ello va sazonado con la más extravagante susceptibilidad.

Se preguntará de dónde puede provenir tal infatuación. ¿Cómo puede germinar en tan lamentables seres á quienes su misma condición debería colocar en el lugar que merecen? ¿Qué contestar á eso? ¿Quién sabe? Acaso haya entre ellos excepciones, en cuyo número figuraría mi héroe. Y Foma, es, en efecto,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



una excepción, como verá el lector por lo que sigue. En todo caso, permitidme que os pregunte: ¿Estáis seguros de que todos los resignados, que consideran como una felicidad servir de payasos, de que vuestros parásitos se hayan despedido de todo su amor propio? ¿Y las envidias, los comadreo, las acusaciones, las malas palabras que se murmurarán por los rincones de vuestra casa, á vuestro lado, en vuestra misma mesa? ¡Quién sabe si en algunos caballeros errantes de tenedor en ristre, bajo la influencia de las incesantes humillaciones que tienen que sufrir, el amor propio, en vez de atrofiarse se hipertrofia, llegando de este modo á convertirse en la monstruosa caricatura de una dignidad acaso herida primitivamente en la infancia, por la miseria y la falta de mimos!

Pero digo que Foma Fomitch era una excepción á la regla general. Hombre de letras en otro tiempo, había sufrido al permanecer en la obscuridad y la literatura ha perdido otros muchos; me refiero á la mala literatura. Me inclino á pensar que había conocido los sinsabores aún antes de sus tentativas literarias y que en varias profesiones había recibido más encontronazos que ganancias. Esto es lo que yo supongo; pero lo que sé positivamente, es que

había escrito una novela del género de las que servían de pasto al espíritu del barón Brambeus <sup>1</sup>.

Sin duda, desde entonces, había transcurrido mucho tiempo; pero el aspid de la vanidad literaria ocasiona á veces picaduras profundísimas y hasta incurables, sobre todo en los individuos de facultades limitadas.

Desengañado desde su primer paso en la carrera de las letras, Foma Fomitch no se había unido nunca al tropel de los afligidos, de los desheredados y de los errantes. Creo que fué entonces cuando se empezó á desarrollar en él aquel envanecimiento, aquella necesidad de alabanzas, de homenajes, de admiraciones y de distinciones. Aquel payaso se las había arreglado de modo de reunir alrededor suyo un círculo de imbéciles en éxtasis. Su primera necesidad consistía en ser el primero en cualquier parte; en vaticinar fanfarronescamente, y en caso de que nadie le elogiase, él mismo se encargaba de hacerlo. Una vez que se hizo dueño indiscutible de la casa de mi tío, recuerdo que pronunció las palabras estas:

«No estaré mucho tiempo entre ustedes;» y empleaba al decirlo un tono de grave misterio.

1) Pseudónimo de Jenkovski, célebre escritor ruso.



—En cuanto les haya establecido á todos ustedes y les haya hecho comprender el sentido de la vida, les diré ¡adiós para siempre! é iré á Moscou á fundar una revista. Daré cursos de conferencias á las que asistirán mensualmente más de treinta mil oyentes. Entonces resonará mi nombre por todas partes, y, ¡pobres de mis enemigos!

Pero mientras esperaba á la gloria, aquel genio exigía una recompensa inmediata. Siempre es agradable el pago adelantado y sobre todo en un caso como éste. Foma se presentaba seriamente á mi tío como si hubiese llegado al mundo á realizar una gran misión á la que le invitaba constantemente un ser alado que le visitaba durante las noches. Debía escribir un libro compacto y saludable para las almas, un libro que determinaría un estremecimiento en toda la tierra y haría temblar á Rusia. Al llegar la hora del cataclismo, Foma, renunciando á su gloria, se retiraría á un monasterio y rezaría día y noche por la felicidad de la patria desde el fondo de las catacumbas de Kiev.

Ya os es fácil imaginar lo que podría llegar á ser aquel Foma después de toda una existencia de humillaciones, de persecuciones y acaso de golpes, aquel Foma sensual y vanidoso en el fondo, aquel Foma escritor desconocido, aquel Foma

que ganaba el pan representando papeles de bufón, aquel Foma de alma de tirano, á despecho de su nulidad, aquel Foma jactancioso é insolente á la primer ocasión; lo que podía llegar á ser aquel Foma, cuando conoció por fin los honores y la gloria, cuando se vió admirado y mimado por una protectora idiota y un protector fascinado y bondadoso, en cuya casa había podido arraigar después de tantas peregrinaciones. Pero ahora es preciso que describa aquí al carácter de mi tío; el éxito de Foma sería incomprendible sin eso, tanto como el dominio que ejercía en la casa y como su metamorfosis de grande hombre.

Mi tío no sólo era bueno, sino que poseía además una delicadeza extremada bajo una corteza ¡algo basta, y un valor á toda prueba. Me arriesgo á emplear la palabra valor, porque no había deber ni obligación que pudiesen detenerle; no conocía los obstáculos. Su alma noble era pura como la de un niño. Sí, á los cuarenta años era un niño expansivo y alegre, que creía ángeles á todos los hombres, se acusaba de defectos que no tenía y exageraba las cualidades de los demás y las descubría hasta en los que jamás habían poseído alguna que valiera algo. Poseía un corazón incapaz de sospechar, sin avergonzarse, cualquier defecto en una persona y que adornaba



al prójimo de todas las virtudes, gozaba con sus triunfos, vivía sin descanso en un mundo ideal y tomaba sobre sí todas las faltas. Sentía la vocación de sacrificarse por los intereses ajenos. Se le habría tomado por un ser endeble y débil de carácter y sin duda era demasiado débil; y, sin embargo, esta debilidad no era falta de energía sino temor de humillar, temor de hacer sufrir á sus semejantes á quienes amaba.

Por lo demás, sólo mostraba debilidad en cuanto á la defensa de sus propios intereses, sin vacilar nunca á sacrificarse á gentes que se burlaban de él. Le parecía imposible tener enemigos; y sin embargo los tenía, pero no los veía. Por miedo á los gritos y las discusiones, cedía en todo, pero por bondad, por delicadeza y —decía con el propósito de alejar toda presunción de debilidad— «para que todos estuviesen contentos».

No hay que añadir que se hallaba siempre dispuesto á soportar cualquier influencia noble, de lo que se valía algún canalla hábil para apoderarse de él y arrastrarle á una mala acción que se presentaba bajo el velo de una intención pura. Porque mi tío era exageradamente confiado y ahí estuvo la causa de muchos de sus errores. Después de dolorosos combates y cuando acababa por reconocer la picardía de su consejero,

no dejaba de echarse la culpa á sí mismo.

Figuraos ahora su casa entregada á una idiota caprichosa; en adoración ante otro imbécil hasta entonces aterrorizado por su general y que sólo ardía en deseos de librarse del pasado, una idiota ante la cual mi tío creía que estaba en el deber de inclinarse porque era su madre. Se comenzó por hacer creer al pobre hombre que era grosero, brutal, ignorante, y de un egoísmo indignante, y es de notar como dato preciso que la anciana hablaba con sinceridad.

También Foma era sincero. Se había afirmado, por fin, en el corazón de mi tío la convicción de que Foma le había sido enviado por el cielo para obtener la salvación de su alma y para lograr que abandonase sus vicios abominables; ¿no era un orgulloso capaz de ponderar á cada paso su fortuna y de echar en cara á Foma el pedazo de pan que comía? Mi pobro tío había terminado por contemplar dolorosamente el abismo de su malidad y quería arrancarse sus cabellos, pedir perdón...

—Toda la culpa es mía, afirmaba ante sus interlocutores. Debe uno mostrarse siempre delicado hacia aquellos á quienes se presta algún servicio. ¿Qué digo? ¿Qué servicio? No digo más que tonterías; ya no soy yo quien le presta servi-



cio alguno á él; él es el que me obliga consintiendo en acompañarme. ¡Y le he echado en cara ese pedazo de pan! Es decir no se lo he echado en cara; pero seguramente se me habrán escapado algunas palabras imprudentes como me ocurre con frecuencia... Es un hombre que ha sufrido, que llevó á cabo trabajos de importancia, y que cuidó durante diez años á un amigo enfermo, á pesar de todas las humillaciones; ¡éso exige una recompensa! Y luego, ¡su cultural! ¡Un escritor!... ¡un hombre noble, instruído!...

La sola imagen de aquel Foma instruído y desgraciado, víctima de los caprichos de un enfermo gruñón, llenaba el pecho de rabia y de piedad. Todas las rarezas de Foma, todas sus maldades, eran para mi tío consecuencia de los sufrimientos pasados, de las humillaciones sufridas, que le habían agriado el carácter. Y en su alma, noble y tierna, había decidido que no se podía ser tan exigente con un mártir como con otro hombre cualquiera, que era preciso no sólo perdonarle, sino curar sus llagas con dulzura, reconciliarle con la humanidad. Se asignó esta labor, y se llenó de un entusiasmo infinito, hasta el extremo de no acertar á ver ya ni la vulgaridad de su nuevo amigo, ni su gula, ni su pereza ni su egoísmo, ni su inutilidad.

Mi tío poseía una fe absoluta en la instrucción y en el genio de Foma. Pero me he olvidado de decir que mi tío caía en éxtasis á las palabras «literatura» y «ciencia», porque su ignorancia era absoluta.

En eso consistía una de sus inocentes particularidades.

—¡Escribe un artículo!—decía pasando de puntillas por las habitaciones próximas al gabinete de trabajo de Foma Fomitch, y añadía con misterio y orgullo:—Es decir, no sé á punto fijo lo que escribe, acaso una crónica..., pero de todos modos algo muy elevado... Nosotros no podemos comprenderlo... Me ha dicho que se ocupaba de la cuestión de las fuerzas creadoras. ¡Debe ser algo de política! ¡Oh! seguramente su nombre se hará célebre y arrastrará consigo el nuestro á su gloria... El mismo me lo decía hace poco.

Me consta positivamente que, por orden de Foma, mi tío se afeitó sus grandes patillas rubias; porque á su tirano le parecía que le daban un aspecto demasiado francés y por lo tanto poco patriótico. Poco á poco, Foma comenzó á dar consejos acerca de la administración de los bienes. Aquello fué terrible.

Los aldeanos se dieron pronto cuenta de lo que ocurría y de que era el verdadero amo, y se rascaban socarronamente



la nuca. Pude sorprender una conversación de Foma con ellos. Foma afirmaba que le «agradaba hablar con el inteligente aldeano ruso», y aunque no sabía distinguir el trigo de la avena, disertaba vagamente de agricultura. Más tarde abordó la cuestión de los sagrados deberes del colono con su señor. Después de haber desflorado la teoría de la electricidad y la cuestión del reparto de trabajo, de que no sabía nada, después de explicar á su auditorio cómo la tierra da vueltas alrededor del sol, llegó en el remontarse de su elocuencia á hablar de los ministros. (Puchkine ha contado la historia de un hombre que convencía á su hijo de cuatro años, de que su padre era tan valiente que hasta el mismo Zar le tenía cariño... Este padre tenía necesidad de un oyente de cuatro años; era un Foma Fomitch...) Los aldeanos le oían con veneración.

—Dí, ¿cuánto sueldo tienes?—le preguntó de pronto Arkhip Korotki, un viejo de 'cabellos blancos, con intención de adularle. Pero la pregunta le pareció á Foma demasiado familiar; él no podía soportar la familiaridad.

—¿Qué te importa eso, imbécil?—contestó mirando con desprecio al pobre aldeano.—¿Qué empeño tienes en llamarme la atención sobre tu hocico? ¿Es para que te escupa en él?

Este era el tono que adoptaba generalmente Foma en sus charlas «con el inteligente aldeano ruso».

—Nosotros somos unas pobres gentes —dijo otro.—Tú acaso seas sargento, ó coronel, ó Excelencia... No acertamos á saber cómo dirigirte la palabra.

—¡Imbécil!—repuso Foma endulzando la voz,—hay sueldos y sueldos. Alguno tiene el título de general y no cobra nada porque no presta servicio al Zar... Yo, cuando trabajaba á las órdenes de un ministro, tenía veinte mil rublos al año, pero no los cobraba; trabajaba por lo honorífico de mi cargo y me contentaba con mi fortuna personal. Abandoné mi sueldo en beneficio de la Instrucción pública y de las víctimas de los incendios de Kazan.

—Entonces ¿fuiste tú, el que reedificó Kazan?—preguntó nuevamente el aldeano asombrado; porque, en general, Foma asombraba á los aldeanos.

—¡Por Dios! He contribuído con mi parte,—contestaba como si hubiese querido honrar á un hombre como *aquel*, con *aquella* confianza.

Sus conversaciones con mi tío eran de otra clase.

—¿Qué era usted antes de que yo viniese aquí?—decía blandamente tendido en un sillón confortable donde digería una comida copiosa y mientras un cria-



do colocado detrás de él se dedicaba á espantarle las moscas con una rama de tilo?—¿A qué se parecía usted entonces? Yo he puesto en su alma la chispa de fuego celeste que brilla ahora en ella. He puesto yo en usted una chispa de fuego sagrado ¿sí ó no?

En verdad Foma Fomitch no sabía á punto fijo porqué había hecho tal pregunta. Pero el silencio y el azoramiento de mi tío le irritaban. Él, tan tranquilo y paciente en otro tiempo, se enardecía ahora á la menor contradicción. El silencio de aquel buen hombre significaba para él un ultraje; exigía una contestación.

—Conteste usted: brilla esa chispa en usted, ¿sí ó no?

Mi tío no sabía qué hacerse.

—Permítame hacerle observar que estoy esperando su respuesta,—insistía el parásito con tono de hombre ofendido.

—¡Contesta, Yegoruchka!—intervenia la generala.

—Le pregunto: ¿arde en usted la llama esa, sí ó no?—reiteraba Foma indulgentemente mientras cogía un bombón de su caja abierta siempre ante él por orden de la generala.

—Te juro Foma que no lo sé—contestaba con un aspecto de desolación el desdichado.—Sin duda hay algo de eso...

No me preguntes nada... Tengo miedo de decir alguna tontería.

—Muy bien. Según eso yo soy un hombre que no merece una respuesta: ¿no es eso lo que ha querido usted decir? Bien. Entonces, soy inútil.

—¡No, Foma! ¡Por Dios! No he querido decir eso.

—Sí, sí. Eso es precisamente lo que ha querido usted decir.

—¡Te juro que no!

—Muy bien. ¡Supongamos que soy un embustero! Según usted, seré yo el que buscaba una disputa... ¡Qué me importará á mi un insulto más ó menos! Todo lo sufro.

—¡Pero, hijo mío!—clamaba llena de terror la generala.

—¡Foma Fomich! ¡Madre!—gritó mi tío desolado.—Os juro que no he tratado de hacer daño. He hablado indiscretamente. No haga caso de lo que digo, Foma; soy imbécil; noto que me falta algo. Lo sé, Foma, lo sé. ¡No me digas nada!—continuaba agitando las manos.—Durante cuarenta años, hasta que te he conocido, me figuraba ser un hombre ordinario y que todo iba lo mejor posible. No me había dado cuenta de que soy un pecador, un egoísta y que he hecho tanto mal que ni siquiera sé como soporta mi peso la tierra.

—Sí, es usted muy egoísta,—observó Foma convencido.



—Ahora es cuando lo comprendo. Pero quiero corregirme y hacerme bueno.

—¡Dios le oiga!—concluyó Foma después de lanzar un piadoso suspiro y poniéndose en pie para ir á dormir la siesta acostumbrada.

Para terminar este capítulo, permítame decir algunas palabras acerca de mis relaciones personales con mi tío y explicar de qué modo llegué á encontrarme en presencia de Foma é inopinadamente arrastrado por el torbellino de los más graves sucesos que se han desarrollado jamás en la bienaventurada aldea de Stepantchikovo. Así habré dado fin á la introducción y podré comenzar el relato.

Siendo aún niño, me quedé solo en el mundo. Mi tío me sirvió de padre é hizo en mi favor cosas que muchos padres no hacen por sus hijos.

Desde el primer día me sentí unido á él cordialísimamente. Contaba yo entonces diez años y me acuerdo de que nos entendimos en seguida y de que nos hicimos verdaderos amigos. Jugamos juntos al trompo; una vez nos concertamos para robar el sombrero de una vieja, parienta nuestra, y atamos aquel trofeo á la cola de una cometa que hice subir hasta las nubes.

Mucho más tarde, en un encuentro con mi tío en San Petersburgo, pude

terminar el estudio de su carácter. En esta ocasión volví á intimar con él, con todo el ardor de mi juventud. Había en él franqueza, nobleza, dulzura, alegría y sencillez á un tiempo, que le atraían simpatías y que me habían impresionado profundamente.

Después de mi salida de la Universidad, me quedé algún tiempo sin hacer nada en San Petersburgo, y convencido, como ocurre con frecuencia á los jovenzuelos, de que estaba llamado á realizar grandes empresas. No quería abandonar la capital y mantenía una correspondencia escasa con mi tío, á quien escribía únicamente para pedirle dinero que él no me negaba jamás.

Uno de sus criados, que había ido á arreglar asuntos á San Petersburgo, me contó que en Stepantchikovo ocurrían sucesos extraordinarios. Preocupado con tales noticias, escribí con más frecuencia.

Mi tío me contestó con cartas extrañas, obscuras, en las que solo hablaba de mis estudios y en que se envanecía por anticipado de mis futuros triunfos; de repente, recibí una carta asombrosa, muy distinta de las precedentes, atestada de extrañas reservas, de contradicciones incomprensibles á primera vista. Sin duda había sido escrita bajo la influencia de una gran agitación.



Solo había una cosa clara y era que mi tío me rogaba que me casase lo más pronto posible con una antigua pupila suya, hija de un pobre funcionario provincial llamado Ejevikine, y á la que se había educado muy bien, por su cuenta, en un colegio de Moscou, y que por entonces servía de institutriz á sus hijos. Era desgraciada; yo podía hacerla feliz y realizar, de ese modo una acción generosa; se dirigía á la nobleza de mi corazón y me prometía dotar á la muchacha; pero sobre el último extremo se expresaba de un modo misterioso y me exigía guardar el más absoluto silencio. Aquella carta me trastornó.

¿Qué joven no se sentiría emocionado ante una proposición tan novelesca? Además, había oído decir que la muchacha era muy bonita.

No sabía qué partido tomar; pero contesté en seguida á mi tío, que iba á salir inmediatamente para Stepantchikovo, porque me había mandado, bajo el mismo pliego, los fondos necesarios para mi viaje, y así me evité el quedarme indeciso quince días más en San Petersburgo. Entonces entablé conocimientos con un antiguo camarada de regimiento, de mi tío. Al regresar del Cáucaso, se había detenido en Stpantchikovo. Era hombre de media edad, muy sensato y solterón á ultranza.

Me contó, indignado, cosas de que yo no tenía la menor noticia. Foma Fomitch y la generala habían concebido el proyecto de casar al coronel con una señorita muy entrada en años y medio loca, que poseía una fortuna de medio millón de rublos y cuya biografía tenía todos los caracteres de algo increíble. La generala había logrado persuadir á su hijo de que eran parientes y la hizo hospedarse en la casa. Aunque desesperado, mi tío, acabaría por casarse con el medio millón. Al mismo tiempo, Foma y la generala, habían emprendido una persecución contra la desgraciada institutriz sin defensa y empleaban todos los esfuerzos para hacerla marcharse, por temor de que el coronel pudiera enamorarse de ella, y acaso porque ya estaba enamorado.

Estas palabras me impresionaron; pero á cuantas preguntas hice para saber si mi tío estaba realmente enamorado ó no, mi interlocutor no pudo ó no quiso contestarme precisamente, y me contó lo demás, como contrariado, con evidente deseo de evitar los detalles precisos.

Aquel encuentro me dió mucho que pensar. Porque lo que averiguaba estaba en contradicción con la proposición que se me había hecho.

Me resolví á salir para Stepantchiko-



vo, con intención de dar fuerzas á mi tío. y si era posible, salvarle; es decir, arrancarle á Foma, impedir el odioso matrimonio con la señorita vieja y hacer la felicidad de aquella desgraciada muchacha, pidiéndola en matrimonio. Porque el pretendido amor de mi tío por ella, se me aparecía como una miserable invención de Foma.

Como sucede en la juventud, iba de un extremo á otro, y alejando de mí toda vacilación, ardía en el deseo de obrar milagros y de realizar mil hazañas. Creía dar una prueba de extraordinaria generosidad al sacrificarme por la dicha de un ser tan encantador como inocente, y recuerdo que durante todo el trayecto, me sentí muy satisfecho de mí mismo. Era en Julio; brillaba el sol; ante mí se extendía la inmensidad de los campos de trigo, casi maduro ya... Había estado tanto tiempo encerrado en San Petersburgo, que me parecía ver el mundo por primera vez.



## CAPÍTULO II

### EL SEÑOR BAKHTCHEIEV

**S**E acercaba al término de mi viaje. En la población de B..., á diez verstas de Ste-pantchivo, tuve que detenerme para que un herrero arreglase el cubo de las ruedas de mi tarantass. Era trabajo de escasa importancia y quise esperar á que acabase para recorrer las diez verstas que faltaban.

Al echar pie á tierra me encontré con un señor gordo, detenido allí por una causa análoga á la de mi detención. Hacía una hora que esperaba; el calor tórrido del día le sofocaba; gritaba y juraba con una impaciencia gruñona y obstinábese en hacer que los obreros acelerasen su trabajo. A primera vista podía afirmarse que en aquel hombre